

Borja de Riquer

CAMBÓ

El último retrato



CRÍTICA

BORJA DE RIQUER

CAMBÓ

El último retrato. El político,
el mecenas, el hombre de negocios
internacional y las otras pasiones

Traducción castellana de
Silvia Furió, Àlex Guàrdia
e Isabel Margelí

CRÍTICA
BARCELONA

Con la colaboración de:



Primera edición: noviembre de 2022

Cambó. El último retrato
Borja de Riquer

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Francesc Cambó. L'últim retrat*

© Borja de Riquer i Permanyer, 2022

Derechos negociados a través de Asterisc Agents

© de la traducción, de los capítulos 1, 2 y 3, Silvia Furió, 2022; de la introducción, los capítulos 4, 5, 9 y 10 y el epílogo, Àlex Guàrdia, 2022; de los capítulos 6, 7 y 8, Isabel Margelí, 2022.

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-463-3
Depósito legal: B. 15.295-2022
2022. Impreso y encuadernado en España por Egedsa



Capítulo 1

LA FORJA DE UN POLÍTICO NUEVO

EL CATALANISMO EN TIEMPOS DE CAMBÓ

Francesc Cambó se inició en la vida política en la última década del siglo XIX, en el momento en que confluyeron la gran crisis española motivada por el desastre colonial de 1898 y la maduración y expansión del catalanismo político. Fueron años de erosión y desprestigio del régimen político de la Restauración creado en 1875, y también del inicio de la crisis de los dos grandes partidos monárquicos españoles, que se vieron privados de sus principales líderes, Cánovas y Sagasta. Aquel sistema político era cada vez más criticado en Cataluña, incluso por los sectores acomodados y empresariales, debido a su ineficacia administrativa, al amiguismo y la corrupción que imperaban y a la acusada centralización administrativa.

Fue decisiva la aparición de una nueva generación de jóvenes catalanistas, intelectualmente bien preparados, puesto que la mayoría eran universitarios —abogados, médicos, arquitectos, ingenieros, etc.—, para que se produjera un cambio político. Se trataba, sin duda, de una selecta minoría, ya que entonces tan solo el 0,5 % de los jóvenes nacidos cada año acudían a la universidad. No obstante, esta minoría supo aprovechar la oportunidad política de la crisis española para convertir la causa catalanista de aspiración idealista y minoritaria en un movimiento relevante, socialmente extendido y con capacidad de conseguir éxitos electorales y políticos.

El historiador Jaume Vicens Vives sostenía que el catalanismo de entonces era sobre todo «la culminación de un estado de ánimo»,¹ el resultado de una insatisfacción y de la reacción contra una situación

que se consideraba políticamente inaceptable. Sin embargo, era también fruto de la convicción, sin duda bastante optimista, que tenían algunos de que si los catalanes pudieran gobernarse a sí mismos lo harían mejor que los políticos y funcionarios españoles. Los jóvenes catalanistas de la generación de Francesc Cambó consideraban que el estado español en su conjunto estaba estructurado de forma arcaica, era poco moderno y precario y se gestionaba de forma ineficaz y con un descarado predominio de la corrupción.

Dentro del movimiento catalanista se observan diferencias notables respecto a la táctica política que se debía seguir y a los objetivos finales. No obstante, había un consenso muy amplio en considerar que todavía eran una minoría dentro de Cataluña y que la prioridad era la de ampliar su influencia social y cultural. Había que empezar por convencer a los catalanes de lo que eran y de que tenían derecho a gobernarse, es decir, en primer lugar era necesario «nacionalizar» el país. Para ello era fundamental la propaganda escrita y oral, así como el activismo cultural y político. Ante todo había que ganar adeptos. Las principales divergencias entre los catalanistas consistían en cuándo y cómo dar el salto a la acción política directa; en cuándo y cómo había que pasar de hacer tan solo propaganda y de denunciar las políticas anticatalanas del gobierno de Madrid, es decir, de la simple denuncia defensiva, a la acción política más ofensiva divulgando su proyecto alternativo y concretando las principales reivindicaciones.

Así pues, a principios de la década de 1890, algunos sectores del catalanismo se percataron de que no bastaba con criticar y denunciar los males del centralismo y de la españolización forzosa ni con hacer victimismo. Para cambiar realmente las cosas había que hacer política y actuar con objetivos claros. Y puesto que no eran revolucionarios, ya que no estaban dispuestos a utilizar métodos violentos, la única táctica posible era conseguir influencia social, gozar de mayor peso en el país y controlar algunos espacios de poder, aunque fueran pequeños, desde las entidades culturales y económicas hasta los ayuntamientos. El objetivo fundamental era evidente: el catalanismo tenía que ser un movimiento fuerte e influyente, porque solo así se escucharía en Madrid. Solo si eran políticamente fuertes y representaban a una buena parte de los catalanes, podrían negociar con el gobierno español y conseguir la deseada autonomía.

Debemos situar al primer Francesc Cambó precisamente en esta coyuntura. Fue un estudiante universitario inquieto, que a mediados

de la década de 1890 empezó a actuar en el Centro Escolar Catalanista de Barcelona. Un joven que con menos de veinte años ya escribía artículos en la prensa catalanista y daba los primeros mítines. Este aprendizaje como activista sería decisivo porque le proporcionaría seguridad y, tras la crisis de 1898, le permitiría gozar de cierto protagonismo político. En primer lugar, cuando se convirtió en el concejal más joven del Ayuntamiento de Barcelona ya en 1901. Y tres años después, cuando provocó la crisis política interna que transformó su partido, la Lliga Regionalista, en una opción «conservadora y de orden», como él mismo deseaba y proclamaba. No obstante, la gran relevancia de Cambó se producirá a partir del año 1907, cuando irrumpa en la vida política española como diputado y uno de los máximos dirigentes de Solidaritat Catalana.

DE VERGES Y BESALÚ A BARCELONA

Francesc Cambó i Batlle formaba parte de la generación catalana finisecular, denominada después la del año 1901, constituida básicamente por los nacidos entre 1866 y 1880. Se trata de una quinta integrada por políticos e intelectuales catalanistas tan destacados como Ildefons Sunyol —nacido en 1866—; Manuel Folguera y Duran, Josep Puig i Cadafalch y Jaume Carner —nacidos en 1867—; Pompeu Fabra —en 1868—; Enric Prat de la Riba, Pere Muntañola y Lluís Duran i Ventosa —nacidos en 1870—; Jaume Maspons i Camarasa y Rafael Patxot —en 1872—; Francesc Cambó —en 1876—; Jaume Serra Húnter —en 1878—, y Joan Ventosa i Calvell, Josep Pijoan y August Pi i Sunyer —en 1879.

Algunos de ellos —Puig, Carner, Prat, Maspons, Patxot o Cambó, entre los más jóvenes, y Josep Pella i Forgas o Narcís Verdaguer, entre los mayores— no eran de Barcelona, sino que habían nacido en pequeñas poblaciones alejadas de la capital catalana. Eran hijos de propietarios rurales o de comerciantes, que habían ido a Barcelona a estudiar en la universidad y que finalmente decidieron quedarse a vivir en la ciudad condal. Por esta razón, en la ideología del primer Cambó hay muchos elementos del conservadurismo tradicional y católico propio de la zona de Besalú y la Garrocha, junto con muestras del ideario más abierto y liberal de una villa ampurdanesa como Verges.

Cambó será, pues, un joven activista nacido en la Cataluña rural, que se politizará en el mundo urbano. En Barcelona entrará en contacto con una sociedad muy diferente de la del Ampurdán y de la Garrocha. Allí conocerá el mundo y los problemas de la gran y mediana industria, del comercio, de los profesionales liberales y también de los obreros, y se dará cuenta de la importancia política de los intereses económicos para la causa catalanista. Comprenderá que aunque Cataluña era el motor económico de España, estaba notablemente desprotegida porque carecía de influencia en la política española. Se dará cuenta de la relevancia del hecho diferencial de carácter económico, sobre todo del industrial, junto con lo que significaba también la defensa de la legislación propia, de la lengua y de la cultura catalanas.

Los jóvenes catalanistas de la generación de Cambó no tardaron en ser conscientes de que formaban parte de una generación llamada a abrir nuevos espacios en la vida catalana, algo que provocaría un importante cambio político. Serán los primeros en organizar, entre los años 1895 y 1897, el asalto al control de las principales corporaciones culturales y profesionales de Barcelona. Este activismo ciudadano, bastante hábil y exitoso, se convertirá en el prólogo de la actuación política intervencionista posterior al desastre español de 1898. Ellos serán los principales promotores de la gran movilización ciudadana barcelonesa de 1899 (el Cierre de Cajas) y los más fervientes defensores de la opción de intervenir directamente en la vida política. Pero sobre todo, serán los principales organizadores de la gran victoria electoral de la candidatura de los «cuatro presidentes» en la ciudad de Barcelona en las elecciones generales de abril de 1901. Este triunfo derivaría en la creación de una formación política que revolucionó el mundo del catalanismo: la Lliga Regionalista.

En un inicio, el destino de Francesc d'Assís Cambó i Batlle no iba por aquellos derroteros. Él no tenía que ser uno de esos jóvenes de la Cataluña rural que después de estudiar en la universidad se quedaban en Barcelona para dedicarse al ejercicio profesional y a hacer política. No, sus padres querían que se dedicase a gestionar el patrimonio familiar de Besalú y de Verges y que, como mucho, ejerciera también de farmacéutico en Gerona o de notario en Besalú. Había nacido el 2 de septiembre de 1876 en la villa ampurdanesa de Verges, el pueblo de su madre, Josepa Batlle i Segur (1845-1926), pese a que los Cambó eran propietarios acomodados de Besalú, en la Garrocha. Su bisabuelo paterno, Francesc Cambó i Puig, era un conocido hacendado que había

militado en el carlismo, y uno de sus hijos, Miquel Cambó de Gayolà, llegó incluso a oficial y estuvo a las órdenes del general Savalls en una partida que actuó por la Garrocha en la tercera guerra (1872-1875). La ideología tradicionalista estaba tan arraigada en aquella familia que su abuelo, Ramón Cambó de Gayolà (1816-1878), que era el primogénito, fue desheredado por tener ideas de sesgo liberal y por casarse con Modesta de Traver i de Ros, considerada de condición social inferior. Aun así, su padre, Miquel Cambó i de Traver (1843-1903), pudo prosperar y convertirse en un hombre relativamente rico, puesto que además de ser propietario de tierras y casas en Besalú, también ejercía de comerciante y consiguió el arrendamiento del monopolio de la sal del distrito judicial de Olot. Miquel Cambó era un hombre de ideas conservadoras, aunque no afín al carlismo, y en Besalú se le consideraba el representante del «canovismo» —del partido conservador de Cánovas del Castillo—, dado que era un buen amigo del político y empresario Pere Bosch i Labrús. Por otro lado, los Batlle, la familia de su madre, si bien residían en Verges, procedían del Mas Batlle del Puig, cerca de San Feliu de Boada y de Palau Sator, en el Ampurdán.

Francesc Cambó, pese a ser el tercer hijo del matrimonio, pronto se convirtió en el heredero debido a la muerte de sus dos hermanos mayores, Ramón y Josep, cuando eran niños. La mortalidad infantil de la familia Cambó fue muy alta: de los ocho hermanos que eran, solo él, Francesc, llegó a los veinticinco años. Dos hermanos, más pequeños, Modest y Narcís, murieron muy jóvenes, mientras que ninguna de sus tres hermanas, Pilar, Dolors y Cristina, llegó a cumplir los veinticinco. Durante su infancia, Francesc pasó mucho más tiempo en Besalú, en can Cambó, acompañando a su abuela Modesta de Traver, que en Verges, donde vivían sus padres y hermanos. Finalmente, en el año 1884, toda la familia se trasladó a la gran casa de Besalú. En aquellos tiempos, ni la electricidad ni el gas habían llegado a Besalú ni a Verges. Sus primeras lecturas infantiles, desde Julio Verne hasta las *Memorias de ultratumba*, de Chateaubriand, las realizó a la luz de lámparas de aceite, primero, y después, de quinqués de petróleo. No conoció la electricidad, aquella nueva energía que revolucionaría el mundo y que tanto le beneficiaría económicamente, hasta el verano de 1888, cuando visitó por primera vez, a los once años, la ciudad de Barcelona con motivo de la Exposición Universal.

Francesc cursó una parte del bachillerato en el instituto de Figueras, donde ya dio muestras de gran afición por las asignaturas de

historia, latín, retórica y literatura, y entabló amistad con un compañero de curso, Pere Rahola i Molinas, de una conocida familia de Rosas, que también militaría en la Lliga Regionalista y acabaría siendo concejal, diputado, senador y ministro de Marina (1935). Estudió los dos últimos cursos de bachillerato en el instituto de Gerona, donde se instaló en un piso pequeño con su hermano Modest, que iba para seminarista, pero que murió en el año 1899. En Gerona, para familiarizarse con la profesión que le reservaba su padre, Francesc Cambó compaginó los estudios de bachillerato con el trabajo de aprendiz en la Droguería Pérez Xifra, una farmacia propiedad de Josep María Pérez Xifra, en la calle Abeuradors número 2, donde hoy una placa lo recuerda. Por aquel entonces, Pérez Xifra era una personalidad destacada en la vida local gerundense y un gran animador de tertulias.² Se le consideraba un político independiente cercano al partido liberal de Sagasta. Fue justo entonces, en Gerona, donde Cambó recibió las primeras informaciones sobre la existencia del catalanismo político. Oyó hablar por primera vez de la Unió Catalanista y de las Bases de Manresa, que se habían elaborado en 1892, y en Gerona leyó con entusiasmo el discurso pronunciado por Àngel Guimerà como presidente de los Juegos Florales de Barcelona en 1889. Empezó entonces a catalanizarse y a firmar Francesc, no Francisco, e incluso se hizo imprimir unas tarjetas con su nombre en catalán.

En septiembre de 1892, gracias a la influencia de su madre, Francesc Cambó consiguió que su padre le permitiese cursar unos estudios universitarios diferentes de los de farmacia: quería estudiar Derecho y también Filosofía y Letras. La madre presionó al padre con el argumento de que si estudiaba derecho podría llegar a ser notario en el mismo Besalú. Así pues, con dieciséis años recién cumplidos se marchó a Barcelona, donde vivió durante el primer curso en casa de un tío paterno, Francesc Cambó de Traver, y después se trasladó a una modesta pensión en la calle Riera Alta. Como la mensualidad que le pasaba su padre era reducida y quería tener más disponibilidad, consiguió ganar quince duros mensuales trabajando de acompañante de niños y de profesor sustituto en el Colegio Peninsular, en la calle Basea, cerca de Santa María del Mar. Agustí Calvet, «Gaziel», que lo conoció entonces, lo describe como «un muchacho adusto, medio atolondrado, de una delgadez extrema y un genio de mil diablos ... hablaba con el “ut”, igual que la gente del Alto Ampurdán».³ Muchos años después, en un discurso en el Congreso de los Diputados, Cam-

bó recordaría que al principio tenía que rendir cuentas a su padre de todos los gastos, pero que pronto consiguió emanciparse: «Gasté menos y empecé a ganarme la vida, hasta que no tuve que acudir más a él».⁴

Cambó se matriculó en la Universidad de Barcelona en Derecho y en Filosofía y Letras, carrera que terminó primero, en junio de 1896, mientras que en Derecho se licenció un año después, en junio de 1897. Sus expedientes académicos no son muy brillantes. Él mismo reconoce que su dedicación apasionada al activismo político por aquel entonces fue en detrimento de sus estudios. Su mejor nota en Filosofía y Letras fue un sobresaliente en Literatura Griega y Latina, mientras que en Derecho sacó sobresaliente en tres materias: Derecho Político y Administrativo, Elementos de Hacienda Pública, y Economía Política y Estadística. De sus años de estudiante universitario guardó buen recuerdo de pocos profesores: de Josep Balari i Jubany, de Griego, en la Facultad de Filosofía y Letras; y del viejo Manuel Duran i Bas, de Joan Josep Permanyer y de Joan de Deu Trías i Giró, que daban clases de Derecho Mercantil, Civil e Internacional, respectivamente, en la Facultad de Derecho. Al parecer no hizo demasiadas amistades entre sus compañeros de curso. En sus escritos memorialistas solo recuerda a Manuel de Montoliu y a Gabriel Alomar, en Filosofía y Letras, y a Cebrià de Montoliu, hermano de Manuel, en Derecho. En esta facultad se licenció en junio de 1897 con un ejercicio sobre la sucesión intestada de los ascendentes según los diferentes sistemas jurídicos territoriales españoles, pero solo consiguió un aprobado. En aquel entonces era una temática muy actual, ya que bullía la polémica sobre la reforma del código civil y sobre el mantenimiento de las legislaciones civiles en los territorios históricos, como en el caso del catalán.

EL CENTRO ESCOLAR, CUNA DEL CATALANISMO INTERVENCIONISTA

Mientras estudiaba en Barcelona, por consejo de su padre, Francesc Cambó se inscribió en el Círculo Conservador Liberal, que todavía presidía el viejo jurista Manuel Duran i Bas, y cuya sede estaba en la rambla de Santa Mónica. En esta decisión seguramente influiría también el hecho de que su padre fuera un buen amigo de Pere Bosch i

Labrús, destacado político proteccionista y de esta entidad, que también era hijo de Besalú.

De las posibles influencias políticas que tuvo el joven Cambó en aquellos años se ha señalado siempre que la de Narcís Verdaguer i Callís fue sin duda la más decisiva, pero no se ha hablado demasiado de la que podría proceder de Pere Bosch i Labrús. Este último, que, como ya hemos dicho, tenía buenas relaciones personales y comerciales con Miquel Cambó de Traver, era entonces un destacado y activo dirigente empresarial catalán, había presidido el Fomento de la Producción Nacional y había sido diputado en diversas ocasiones. En aquellos momentos era el líder proteccionista catalán más conocido y un diputado veterano con mucha experiencia política y buenos conocimientos de cómo funcionaban las relaciones políticas y económicas entre los gobiernos de Madrid y los empresarios catalanes. El Pere Bosch i Labrús que conoció Francesc Cambó durante los domingos que le invitaba a comer a su casa de Barcelona, sin duda debió de influir en él. Pese a la gran diferencia de edad, no cabe duda de que el joven estudiante catalanista aprendió mucho durante las largas sobremesas de los domingos.

La relación de Francesc Cambó con la familia Bosch-Labrús continuaría e incluso se estrecharía con Leticia Bosch-Labrús i Blat (1890-1981), hija de Pere, a la que había conocido ya de pequeña en Barcelona. Leticia se casaría en 1912 con Fernando Sebastián de Borbón y Maidañ, duque de Dúrcal, un noble emparentado con el rey Alfonso XIII, y se convertiría en dama de la reina Victoria Eugenia, circunstancia que facilitaría sobremanera los contactos personales y discretos entre el monarca español y Cambó, como veremos más adelante. La amistad con Leticia Bosch-Labrús y su hermano Pere, que militaría en la Lliga Regionalista, fue larga y se prolongó durante la posguerra.

Francesc Cambó confiesa en sus recuerdos que se pasó muchas horas leyendo en la biblioteca del Círculo Conservador Liberal, bien dotada de prensa y de libros, pese a que la vida interna en aquel local tenía escaso interés porque todo aquello estaba políticamente muerto. Efectivamente, aquel era el momento de recuperación del movimiento catalanista en Barcelona y de clara decadencia del dinamismo conservador. No deja de ser significativo que en sus *Memorias*, escritas al final de su vida, Cambó señale que pese a ser tan joven se identificaba con el pensamiento conservador. Escribe que entonces ya

coincidía con «la ideología conservadora de Cánovas, con su sentido de la autoridad y jerarquía», que «me parecía la forma única del buen gobierno». ⁵ De todas formas, también confiesa que se sentía un ferviente catalanista y por ello tenía que compaginar el hecho de ser un amante del orden y un romántico, de ser al mismo tiempo «gubernamental» y «revolucionario». Creo que presentar esta dualidad ideológica ya asentada en un joven de dieciocho años no deja de ser una visión retrospectiva quizá un poco excesiva.

El primer contacto de Francesc Cambó con el catalanismo político llegó por la vía más habitual: mediante el conocimiento de compañeros que militaban en este movimiento. Él mismo explica que en mayo de 1893, cuando todavía no había cumplido los diecisiete años, asistió a una conferencia del político galleguista Alfredo Brañas, catedrático de la Universidad de Santiago, que le impresionó mucho y donde conoció a un chico de Granollers, Jaume Maspons i Camarasa, cuatro años mayor que él y también estudiante de Derecho, que lo invitó a visitar al día siguiente el Centro Escolar Catalanista. Esta entidad la había creado Narcís Verdaguer i Callís en 1886 como rama de la Lliga de Catalunya. De esta entidad saldrían los propagandistas más activos del catalanismo de finales del siglo XIX.

El movimiento catalanista vivía entonces un gran debate sobre la táctica política que se debía seguir que provocaba apasionadas disputas entre el sector más tradicional, cultural y apolítico, representado por los dirigentes de la Lliga de Catalunya y por el periódico *La Renaixensa*, y los partidarios de potenciar la intervención en la política y de adoptar compromisos ante problemas concretos, que eran principalmente los jóvenes del Centro Escolar Catalanista y también la posición de la revista *La Veu de Catalunya*, creada en 1891 por Narcís Verdaguer i Callís.

Así pues, en mayo de 1893 y de la mano de Jaume Maspons i Camarasa, que meses después sería elegido presidente del Centro Escolar Catalanista, Francesc Cambó se afilió a esta entidad, que tenía la sede en el mismo lugar que la Lliga de Catalunya, un piso espacioso en la calle Portaferriassa. Por aquel entonces, el Centro Escolar estaba organizado en cuatro secciones: la de Derecho y Filosofía y Letras, la de Medicina, la de Ciencias y la de Farmacia; Cambó, lógicamente, se inscribió en la sección de Derecho y Filosofía, que entonces estaba presidida por Maspons. Allí fue donde Cambó conoció a muchos de los que serían sus principales compañeros políticos, e incluso grandes

amigos: Narcís Verdaguer i Callís, Josep Puig i Cadafalch, Enric Prat de la Riba, Lluís Duran i Ventosa, Pere Muntanyola o Josep Pijoan.

Como ya hemos mencionado, Francesc Cambó se afilió al Centro Escolar en mayo de 1893 y pronto destacó como uno de los socios más activos e inquietos. Enseguida empezó a destacar por las intervenciones en los debates y se convirtió en un lector entusiasta de la prensa catalanista, especialmente del único periódico existente en catalán, *La Renaixensa*, y del semanario *La Veu de Catalunya*. En octubre de 1894 fue elegido secretario de la sección de Derecho y Filosofía, cargo que lo convertía en miembro del Consejo General del Centro. Aquella sección era importante puesto que entonces estaba integrada por unos sesenta miembros. Un año después, en octubre de 1895, con diecinueve años, Cambó tuvo ya el atrevimiento de presentarse como candidato a la presidencia de la comisión ejecutiva del Centro Escolar y, al ser el único candidato, resultó elegido.

El discurso que pronunció como presidente del Centro Escolar, en octubre de 1895, el primero que haría en su vida, no se conserva entero, pero al parecer causó un gran efecto, ya que recibió los elogios de Verdaguer i Callís en un artículo publicado en *La Veu de Catalunya*. Fue un parlamento manifiestamente regeneracionista en el que señaló con claridad «los males» de la situación política del momento para después proponer «los remedios» que habría que utilizar. Los primeros eran la existencia de un régimen político centralista, ineficaz y corrupto que había desembocado en un prolongado distanciamiento entre el pueblo catalán y España. Los remedios hacían hincapié en la potenciación de la acción ciudadana para que los catalanes tomaran conciencia de que su país, el más dinámico del Estado, tenía que recuperar el liderazgo que le correspondía. Había que revitalizar la vida social y cultural para que los catalanes se movilizasen contra aquella situación. No obstante, tenía dudas sobre los medios políticos que había que utilizar, ya que el sufragio universal estaba «prostituido». En cuanto a las tareas pendientes, no concretaba demasiado su propuesta, algo relativamente lógico si tenemos en cuenta que tenía solo veinte años y que su formación política era precaria. Habló de la necesidad de estructurar mejor el movimiento catalanista como vehículo principal de los cambios que había que imponer, pero no reflexionaba demasiado acerca del tipo de autonomía que necesitaría el país. Es significativo que en este discurso Cambó no hable de las Bases de Manresa, aunque tampoco concreta el papel de Cataluña dentro de la

necesaria regeneración española. No obstante, tenía una idea muy clara que expuso al final de su parlamento: si los catalanistas continuaban, como hasta entonces, inhibiéndose de la acción política, todo aquello no conduciría a nada. Era preciso, por consiguiente, actuar de forma más determinante en las diferentes instancias de la sociedad. El joven Cambó, pese a las imprecisiones de su discurso, empezaba a tener las ideas claras sobre el papel político que los catalanistas tenían que desempeñar en aquellos momentos.

Durante su mandato como presidente del Centro Escolar, Francesc Cambó organizó un ciclo de conferencias sobre la situación política del momento —había empezado la última guerra de Cuba— e invitó a los últimos presidentes del Centro a que participasen: a Verdaguer i Callís, Puig i Cadafalch, Prat de la Riba y Maspons. Le costó mucho convencer a Prat para que fuese a hablar al Centro, porque estaba dolido por las críticas que había recibido por su poco afortunada gestión económica mientras fue presidente.⁶ A la postre, Cambó consiguió que Prat participase y que de nuevo tuviese gran influencia sobre los miembros del Centro. El Prat de la Riba que entonces conoció Cambó era un hombre reservado y de trato difícil, «un hombre de pasiones», nos dice el propio Cambó. Era un político que en aquellos momentos mantenía algunas discrepancias con Verdaguer, a quien Cambó se sentía muy unido. De hecho, Francesc Cambó nunca llegó a tener con Enric Prat de la Riba la identificación, confianza y amistad sincera que tuvo con Narcís Verdaguer.

Su activismo político casi febril, no siempre comprendido por sus compañeros, y un cierto autoritarismo en la forma de dirigir el Centro Escolar crearon un ambiente reticente hacia Cambó. Tuvo que enfrentarse a una especie de conspiración, en forma de voto de censura contra la Junta General que presidía, encabezada por un activo estudiante de arquitectura, Josep Pijoan, que representaba los intereses de los socios «barceloneses» frente a los «forasteros» representados por Cambó. Ganó Cambó y, a pesar de que la campaña contra él había sido tensa, acabó estableciendo una larga y sincera amistad con Josep Pijoan. No obstante, sus procedimientos hartó expeditivos y autoritarios empezaban a despertar reticencias. Sin haber cumplido todavía los veinte años, Cambó se convirtió básicamente en un activista, un hombre que concedía especial importancia al proselitismo. Durante aquellos años priorizó asistir y pronunciar conferencias y charlas a la asistencia a las clases universitarias. Realizaba constantes

desplazamientos en tren o en tartana a pueblos de diferentes comarcas, sobre todo del Penedés, Vallés y Maresme, además, lógicamente, de la Garrocha y el Ampurdán, y a casi todas las barriadas de Barcelona. Empezaba a despuntar la audacia política que le acompañaría a lo largo de más de dos décadas. Cada vez se sentía más seguro de sí mismo, una característica que mantendría hasta su muerte. Aun así, era consciente de sus notables déficits en cultura política e intentó subsanarlos con lecturas de todo tipo y con la asistencia, por las noches después de cenar, inicialmente como simple oyente, a la tertulia de la «peña de los sabios» de la Lliga de Catalunya.

En el curso 1896-1897, cuando estaba finalizando los estudios de Derecho, Cambó pasó a ser vicepresidente primero del Centro Escolar y, como ya veremos, también participó en la Asamblea de la Unió Catalanista de Gerona en el año 1897, en el seno de la delegación gerundense. Muchos jóvenes del Centro Escolar colaboraban también en el semanario dirigido por Narcís Verdager, *La Veu de Catalunya*, y en la revista *Les Quatre Barres* de Vilafranca del Penedés, la primera publicación que utilizó el subtítulo «nacionalista». En gran parte de sus artículos, estos jóvenes hacían propuestas de acción claramente políticas, criticaban la pasividad de la Lliga de Catalunya y de la Unió Catalanista y pedían la creación de una cátedra de Derecho Catalán en la Universidad de Barcelona.

A partir del año 1895, desde el Centro Escolar, siendo Cambó presidente, se les propuso a diferentes personalidades y organizaciones catalanistas que intentasen ocupar legalmente la junta directiva de las principales entidades de Barcelona, empezando por el Ateneu Barcelonés, sin duda la asociación cultural más importante y con más socios de la ciudad. Según Prat de la Riba había que reunir a todos los que luchaban por «la nacionalización cultural de Cataluña». Consiguieron ganar las elecciones presentando una candidatura con el dramaturgo Àngel Guimerà como presidente y el poeta Joan Maragall como secretario. El discurso de toma de posesión de Guimerà, pronunciado en catalán el 30 de noviembre de 1895 y que causó tanto revuelo, se convirtió en un hito emblemático del activismo de los catalanistas. A partir de aquel momento, esta alianza amplia de catalanistas controlaría la Junta del Ateneu y convertiría esta entidad en la principal plataforma legal de su propaganda en Barcelona. Las sucesivas candidaturas a la Junta del Ateneu organizadas por los catalanistas las encabezarían siempre personalidades muy representativas del movimiento.⁷